

EL ALBUM DE MIMI.

1852.



©Biblioteca Nacional de Colombia

Yo tengo una vecina que tiene un Album i un perro. Ella se llama.... que memoria la mia! Se llama.... ¡Cómo es que se llama mi vecina?... Ya!Se llama....Mimí, i el perro?... Turco. Yo soi un hombre retrógrado, *rococo*, si los hai en este mundo, siempre envuelto en mi capa verde i siempre con anteojos, por lo corto de vista; por la noche con mi farolito, zapatones i paraguas, si llueve porque llueve, i si no llueve porque puede llover: buena es la precaucion, principalmente en Bogotá. Mimí es una muchacha guapa i elegante, que tiene un Album forrado en terciopelo verde, con primorosos dibujos estampados en oro. El perro que es negro, con largas orejas que parecen de terciopelo, tiene unos ojos mui negros, como los de su dueño, el hocico prolongado, i un *raño* (dispensándome ustedes el clasicismo) peludo i esponjado como la cola de una ardilla. No sé que sea mas bello, si el perrillo, o el Album o la linda Mimí. El Album vino de Londres, a donde fué encargado con esta recomendacion

especial, *cueste lo que costare*; i así salió valiendo un ojo de la cara: el perrito es de los de la raza de Nelson. Mimí es oriunda de la verde Anolaima, i yo soi del barrio de San Victorino, para servir a la señora o señorita que tuviere la bondad de leer este artículo. Vergüenza me da confesarlo; voi a cumplir el 28 de setiembre que viene, la friolera de sesenta i ocho años; el perro cumplió quince meses, en la semana de las elecciones. Mimí está en sus diez i siete, edad de primavera que huele a rosas.... i a tomillo, como decia un académico. La blancura de la muchacha, lo *verde* del libro (es decir del forro), lo negro del perro, i lo nevado de mi cabellera, hacen un contraste digno de los pinceles de Roca, de Groot o de Espinosa.

Mimí es mui elegante; pero como tiene la conciencia de serlo, a fuerza de repetírselo sus adoradores i de mirarse ella en el espejo, se le nota.... Vaya si se le nota! se le nota un airecillo dejativo i presuntuoso que trasciende a pura vanidad, ese es su defecto; defecto que la tontarrona, por no decir la tontísima, de su mamá procuró desenvolver en ella, en vez de desarraigarlo a su debido tiempo. Ni Ver-Valen ha tenido que toca le sus preciosos dientes, que son como unas perlas; ni la Gautron ha tenido para que manosearle el torneado talle, que no ha menester para maldita la cosa, del auxilio del corsé; ni Mr. Lion tuvo nunca que venderle rizos ni cachumbos; ántes bien él i su mujercita se quedaban lelos mirando con envidia las madejas de sus cabellos. Mimí confirma aquella regla que dice, una buena moza no ha de gastar en dentistas, ni en peluqueros. La juventud campea de suyo, la belleza es su adorno, la virtud su corona. El perrito es vivaracho como Mimí, i se parece a una persona en lo intelijente: varias lo son ménos. El Album se asemeja a ciertos hombres en el relumbron de sus esterioridades. Bolívar

comparaba, no sé a quien, con un tomito del **NO ME OLVIDES**: no siendo nueva esta ocurrencia no me cabe a mí sino la honra de reproducirla. De cierto sujeto decían los bogas del Magdalena: “Ese blanco no se parece a *naide*!” de mí podrían decir otro tanto. Mimi se parece a Matilde en los parleros ojos, a Vicenta en los rosados labios, a Margarita en el esbelto talle; tiene la blancura de Clelia, de Anita el lindo pecho, de Obdulia la sonrisa, las manos de Dolores, i de esta, i de aquella i de esa otra lo mejor con que la naturaleza las ha embellecido; i no se pongan ahora los curiosos a inquirir por los apellidos que pueden acompañar a los nombres citados, porque como puede haberlos, puede no haberlos; i en todo caso esos serán secretos míos de que no tengo que darle cuenta a nadie. Mimi es un prodigio: lástima que sea tan *chinche*, tan vanidosa i tan necia!

Objetará alguno que es bien estravagante este modo de retratar por similitud; mas en disculpa de mi insuficiencia, podría contestarle, que Praxiteles tuvo la misma ocurrencia, cuando recorrió el Archipiélago, observando las perfecciones de las jóvenes griegas, para formar la divina cara i el cuerpo de su **VÉNUS**. Mr. de Châteaubriand refiere también, en sus **MEMORIAS DE ULTRATUMBA**, que cuando estaba desterrado en Londres, se entretenía en idear una bellísima mujer, componiéndola de lo mas hermoso que reparaba en las doncellas británicas que “son ángeles con cuellos de cisne;” i que vino a parar el cuento, en que se enamoró perdidamente de aquella creacion de su fantasía; en términos que muchas noches, por el espacio de cinco años, creía verla i tenerla a su lado. Lo que le sucedía al señor Vizconde, al célebre cantor de Atala, de Velleda i de Cimodocea, no puede sucederme; pues entre la hechicera Mimi i yo ha ahondado el tiempo un abismo de tantos años, que casi es imposible que mi pecho se impresione con la flor de su efímera belleza.

El padre de Mimí es uno de mis amigos, no diré *bueno*, por no levantarle un testimonio: soi enemigo de esas cosas. Empecé a tratarlo en los tiempos de la Patria Boba, (ÉPOCA DE VERDADERO CIVISMO!) cuando él se ocupaba en el negocio de las mieles, que acarrea de Anolaima, arreando sus mulas con su zurriago en la mano, i puestos sus manguillos de cuero. Entónces era ÑOR BARTOLO. En 1819, al huir despavoridos los españoles que residian en esta capital, porque creyeron que no quedaría ni uno de ellos con vida, a manos de los insurgentes, vencedores en Boyacá; en aquella famosa semana en que se improvisaron, con los bienes ajenos, tantas *respectables* fortunas, mi amigo fué de los dichosos. Un español, que vendia en la Calle Real, acudió apresurado a sacar una talega de medallas, mas al oír el grito de ¡Ya llegan los patriotas! echó a correr; la dejó olvidada en la puerta del almacén, i D. Bartolo, que la encontró huérfana i desamparada, la tomó bajo su inmediata proteccion; desde entónces fecha la época en que se puso las botas. Pero no solo él, que en aquella ocasion fueron muchos los que sacaron la pata del barro, i se las pusieron en los almacenes de los realistas. Verdad es que luego fué que vinieron los secuestros con sus sabrosos bocados, el empréstito con sus doblones, las alcabalas, los diezmos, los vales i los aguardientes con sus buenos percances, despues los resguardos, los tabacos, las salinas, i por fin la innumerable familia de las contratas. Mas tarde acudieron los caminos, del norte, del sur, del oriente i del ocaso, de todos los puntos del horizonte i de todos los ángulos de la República, a asaltar el castillo grande de las fiestas nacionales, que llamamos TESORO. El se incorporó a su tiempo en la gran *Compañía* que llamaban *La Dormilona*, en que no pocos se enriquecieron a costa de las rentas públicas i del señor Moráles, que fué la vaca de leche para muchos desagradecidos. D.

Bartolo, que detras de su recua era dilijentísimo, ha venido a *ser lezna* para todo lo que huele a cucaña. Asi es que ya no lo llaman Bartolo Duran, como ántes, sino D. Bartolo el cucañero. Le agrada la usura, como el almíbar a las moscas; de modo que, cuando la quiebra de Landínez, ya era cosa sabida que sus reales i los de Valverde valian a real i medio.

El lujo de la casa de mi vecina corresponde con las magníficas contratas de su papacito, i con el subido premio a que tiene impuesto su dinero. La casa se levanta en una de las esquinas de la plazuela de San Victorino, un poco mas arriba de las casas que está construyendo el infatigable señor Arango, cabalmente en el sitio que ocupaban, hace poco, unas casuchas aplastadas i de ruin apariencia. Encargó de la obra a unos franceses que le edificaron a la vapor, una casa *toda* de calicanto, alta, sólida, grande, bien distribuida, con salas espaciosas, balcones a la belga i primorosos gabinetes, resguardados con cristales de varios colores, al traves de los cuales se ven las ricas colgaduras de seda, o a la romántica Mimi, cuando se asoma que la vean los elegantes antioqueños que pasan en sus briosos trotones.

Ayer vino a casa un criado de D. Bartolo a decirme, que su amo i su señorita me esperaban a tomar la sopa, i que aprovecharian la ocasion para hablar-me de un negocio mui importante. Cuál será ese negocio? me eché yo a discurrir. Cosa de plata no puede ser, pues ya no tengo plata que me roben; cosas de literatura tampoco, porque él no sabe jota; consejos no los recibe, ni yo los sé dar. ¿Si será que se casa la señorita, i quieren informarse acerca de la conducta de ese atolondrado de Palomino, que bebe todos los licores, corteja a todas las mujeres i acepta todas las opiniones? Hecho por lo bajo este soliloquio, me ceñí a decir al muchacho, despues de una larga pausa, que respondiera a mi vecino i a la señorita, que

estaba malísimo de la pierna; pero que si me podía menear, allá pasaria con la tarde, i que les daba las gracias por tantos favores. Me tienen aspado cierta clase de convites, i así solo asisto a los de mis verdaderos amigos.

A las cinco de la tarde del sábado 24 del corriente agosto, tocaba yo a la puerta de mi amigote: Turco salió a recibirme con unos ladridos que parecia que queria tragarme. Un mozo que recibió el paraguas, los zapatonos i la capa, me introdujo al salon. D. Bartolo en bata verde, con un gorro griego i con chinelas, parecia un lagarto de los de Anolaima; Mimí estaba vestida con una jardinera de merino azul, a modo de casaca, con chaleco blanco i pañuelo en el pescuezo, i aun me pareció (será que tengo ya debilitada la vista con los años), que tenia botas i calzones. Será ilusion óptica! lo cierto es que su primoroso talle se dibujaba a las mil maravillas debajo de aquel blanco chaleco. Mujeres con calzones! refunfuñaba yo para mis adentros. Mujeres con calzones! voto a.... a qué tiempos hemos llegado! Mujeres con calzones! Sin embargo, no me pesa: las que me repugnan mas que las panelitas de leche, son las mujeres con balcarrotas, vulgo *patillas*.

—Amigo, dijo D. Bartolo, despues que hubimos cambiado las saluciones de costumbre, he sentido mucho que U. no nos acompañara a comer. En este momento acaban de salir de aquí los amigos; de suerte que esta niña se quedará ya ensayada i sin correr: pensaba pasear a caballo; montará a la noche al claro de la luna. Qué quiere U! Estos jóvenes son encantadores; tienen unas ocurrencias, i unas *escen-tricidades!* i ahora, con motivo de las elecciones, de las últimas fiestas i de la venida de Don Juan José.... Ojalá se lo lleven los diablos! vaya! qué! Si de todo saben sacar partido, i se aprovechan de todo para decir cosas que al oirlos se muere uno de risa.

—Cierto, dijo Mimí; yo me retiré con permiso de la compañía, cuando comenzaban a servir los postres; pero desde mi gabinete oía zumbiar los corchos por el techo, i retumbar los vivos: parecia que se hundia la casa.

—Bueno es eso, repuse, yo acomodándome los anteojos, pues estaba deslumbrado de ver tanto lujo, i de contemplar la hermosa figura de Mimí. Me hallaba avergonzado, por no decir embarazado, como novicia en requerimientos. No me atrevia a pisar recio sobre las alfombras, ni a volver los ojos a una ni a otra parte, pues por do quiera se me presentaban amenazadores espejos de cuerpo entero, que reproducian la capa verde i la blanca cabellera, cosa que me martirizaba infinito, viéndome al lado de una muchacha tan linda, con calzones segun yo suponía i en la flor de su edad. Me hallaba humillado i no se me ocurría una idea, ni una palabra oportuna, que valiera un pito, para salir de semejante apuro.

—Esta muchacha, dijo D. Bartolo, ajustándose la bata, tiene un Album que le encargué a Lóndres.

—Oiga! le contesté, acordándome de un estribillo que usaba mucho mi abuela.

—I como ahora se lo acaba de devolver el último de los que la han favorecido con sus obsequios, le ha reservado a U. una página en blanco, para que escriba alguna cosa.

—Mire! con que me ha reservado una página! Bien, bien; aunque sea la última, le respondí; i mi embarazo crecía de punto.

—Sí, continuó, D. Bartolo: esperamos alguna cosa de U. así, cómo es que se llama? i cómo es que llaman eso, Mimí?

—Soneto, Papá.

—Soneto, cabal! eso es; soneto, o jácara que viene a ser lo mismo, i se levantó a tocar la campanilla.

—Soneto o jácara, que viene a ser lo mismo, es-

clamaba yo para mis adentros, comparando al D. Bartolo que tenia delante de mí, en bata verde, reclinado en una poltrona, hablándome de jácaras i de sonetos, que sabia decir *escentricidades*, que llamaba a sus criados con campanilla i que tenia una hija probablemente con calzones, con aquel otro Bartolo que conocí tan palurdo, alternando con arrieros en el frágil camino de Anolaima; i ya iba a contestar como el bendito que responde a todo: "Con mucho gusto.... (si se pudiera)", cuando se presentó un criado.

—Mira! anda, le dijo D. Bartolo, a la segunda recámara, i en la *consola* de caoba, cerca del *confidente*, no vayas a buscar en la de mármol, en el cajón de arriba, me entiendes, bruto? cuidado con derribar el *quinqué*, encontrarás el Album de Mimí, tráemelo. Ya verá U., prosiguió, dirigiéndome la palabra, qué obra tan primorosa, hecha en una de las oficinas mas afamadas del Strand.

—Del extranjero? le pregunté yo que no entendía la palabra.

—No: Strand es el nombre de la gran calle del comercio en Lóndres.

—Oiga! Le dije, valiéndome del estribillo que acostumbraba mi abuela, ¿con qué U. ha estado por allá?

—Qué! U. no lo sabia?

—Ai! amigo: aquello es aturdidor. Qué movimiento! qué barahunda!

—Vea U.!

—Mucho. Qué grandeza! i qué..... Allá está el mundo; allá se vive; aquí, amigo mio, doloroso es confesarlo, aquí se vejeta. Puedo asegurarle que soi otro hombre, desde que mis ojos vieron la metrópoli del imperio británico; i eso que me detuvo.... ¿cuanto cree U. que permanecí en Lóndres? Apenas veinte dias. ¿Qué tal si hubiera estado siquiera tres meses, como lo tenia proyectado? Pero no se pudo.

—Cierto. Habría adelantado U. mucho; ya se deja ver como habría vuelto; pero también habría gastado mucho.

—¿I para qué sirve el dinero, sino es para darnos gusto? No me faltan comodidades.

—Ah! qué! le sobran: ¡I tan bien empleadas!

El criado volvió en esto trayendo una bella cajita de palo de caoba, hecha por Garai, perfumada con esencia de rosa, i toda embutida en marfil. D. Bartolo la abrió, en tanto que Mimi, que había estado arreglándose, en el espejo, las puntas de su corbata, se volvió ácia mí, i dijo presentándome el Album:

—Vea U. qué primoroso! El forro no puede ser mejor, i como a mí me gustan tanto los libros por el forro! tiente U. qué terciopelo este tan fino. De esto no viene por acá todos los días.

Yo alargué temblando mi mano negra, peluda, arrugada i encallecida, que parecía la raíz seca de un árbol, cerca de las blancas i torneadas manos de Mimi.

—El lomo, los broches i las cantoneras son de oro macizo, añadió ella: observe U. qué labores tan prolijas! Ah! ¿qué dice U. de este sobrepuesto de careí, que representa una rama con duraznos cubierta de rocío? Vea U. por el otro lado... un nido de palomas que parecen vivas, realzado en concha nácar. Estoi por decirle, que no hai en Bogotá un Album mas bonito, ni de mas tono. Ahora verá U. las travesuras que contiene. Son, así, cosillas graciosas, paisajes, flores, caricaturas: lo que me gusta. Cada una tiene su jénio, i el mio.....

—Oh, Señorita! dije yo, clavando por entre mis anteojos, una mirada en su pura frente, U. tiene el mismo jénio de su papacito; el jénio de un artista! (De arrear mulas).

—Repáre U, dijo mi preciosa interlocutora, abriendo el libro, grande como un misal, hecho de ese pa-

pel vitela de nueva invencion que tiene unos marcos estampados en oro, con caprichosos dibujos de flores, frutas i pájaros, i otros con finísimos calados en blanco, que remedan labores de aguja. Una de las primeras pájinas enguarnaldada con frescas rosas mostraba una calavera, tan natural como si la acabasen de sacar del cementerio: los cóncavos vacíos donde brillaban tal vez unos parleros ojos, la frente que parecía helada cual si fuera de mármol, la boca abierta como para dejar salir una fatídica palabra; todo me hizo pensar en la señorita del Album, tan fresca i tan gallarda i tan llena de vida. ¿Cuándo la arrancarán a U, de este su bello palacio? decia entre mí, ¿cuándo se la llevarán a U. a encerrarla para siempre en una bóveda oscura i fria, i la dejarán allá solita i abandonada, sin Album i sin calzones, a que los gusanos del sepulcro devoren en silencio las rosas de sus mejillas, i las limpias azucenas de su redondo pecho?

—Es un retrato de la juventud, dijo Mimí.

—De la bogotana? le pregunté; pero ella sin cuidarse de darme contestacion, volvió la hoja, i, estendiendo su mano blanquísima, cuajada de diamantes, me señaló otra caricatura. Representaba (con perdon sea dicho) una docena de burros cargados de adobe. El muchacho que los conducia llevaba levantado el azote, i los pobrecillos apuraban el paso como mejor podian, agachando la cabeza de miedo del látigo que les zumbaba por las orejas. Animales al fin, atropellaban a cuantos encontraban al paso. Entre los espectadores habia uno que se arqueaba para atras, por evitar el encontron: grave diplomático, con los ojos entreabiertos i la frente arrugada, como si le hubieran metido en las ventanas de la nariz unas pelotillas de azafétida. Los burros pasaban al trote, e iban entrando en un edificio, sobre cuya puerta se leia: CASA DEL CONG::: Lo demas estaba cubierto por una hojarasca seca, que si corriera viento se la llevara.

Tan natural era el dibujo! Parecia del célebre Espinosa. Al principio no podia dar con lo que significaba; pero Mimi tuvo la bondad de esplicármelo, riéndose a carcajadas.

Asi fué pasando várias pájinas que presentaban a la vista, flores, lindas como ella sola, versos insípidos que le dirijian sus adoradores, paisajes a que era mui aficionada, amen de sus caricaturas predilectas. ¡Cosa rara! la nacion británica tan sesuda i tan circunspecta, como dicen que es, se desvive tambien por las caricaturas: en eso se parece a Mimí. Volviendo al Album, en una pájina se veía la bellísima cueva de Lípari, en otra la famosa de Tuluní; en esta el salto de Tequendama, en la de mas allá el del Niágara, en esa otra una isla coronada de verdura i abrazada por las olas de un mar resplandeciente con el sol de la tarde.

Por ahí habia tambien una mariposa de las de Muzo, con sus alas de un brillante azul turquí, con perfiles dorados, copiada del natural, por *Un amigo* decia

—Ese es el símbolo de la inconstancia, observó D. Bartolo.

—Si, pero que cosa tan natural, agregué yo.

Mimi, que comprendió lo que queria decirle, se puso sonrosada.

En esto vino Turco dando carrerillas i haciendo muchas fiestas; saltaba por los sofás, mordía la alfombra i jalaba la orla del camison de Mimí. Yo esperaba que el perro hiciera alguna perrera, para salir de la incertidumbre en que me hallaba, si la muchacha tenia calzones, o no; pero Mimi lo espantó con su pañuelo de batista, i el perrillo se fué.

—Retratado le tengo, dijo, i me mostró en efecto su cabeza, con sus ojos de azabaches i sus negras orejas; i debajo, escrito en una letra mui gallarda, como la de Daza, este letrero: *Siempre fiel.*

A la vuelta estaba dibujado con pluma un pongo o joco, que es de los monos el que mas se parece al hombre, i abajo decia. ESTE ES..... lo demas estaba borrado; no podia leerse.

Encantóme una vista del Yonfrau. La luz brillante i el color de la nieve que, al reflejar el cielo de Suiza, parecia como de color de violeta suavemente desleido, contrastaba admirablemente con las verdes orillas de un lago, en donde se mecía una barca de pescadores.

Uno de sus amantes se habia contentado con formar un laberinto con las palabras *Hermosa Mimí*, que podian leerse del mismo modo en todas direcciones. Otro algo atrevido, pero mui delicado tambien, habia dibujado una corona de sensitivas, i en el centro habia escrito,

Mimí!
Si quiero atreverme,
No sé que decir.

Alfredo.

—Señorita, esos versos son de Meléndez, le dije.

—No Señor, que! Si Meléndez el antioqueño es un cuadrúpedo que no entiende de verso: me los compuso Alfredo, contestó.

—Dispénsame U, queria decirle que esos versos han sido copiados de las poesías de D. Juan Meléndez Valdés.

—No lo sabia: Alfredo me aseguró que los habia improvisado.

—Oiga! qué no aseguran ellos!

Mi vecina llamó luego mi atencion ácia unos versos *románticos* en que el poeta, mozo aburrido de su existencia i que segun se espresaba, era *el mas infeliz de los mortales* (i el mas necio tambien) maldecía de su suerte, i de todo lo visible e invisible, porque *ardian en su pecho cien volcanes de amor* (como quien no dice nada) volcanes que si llegaban a reventar (Dios no lo permita!) *desquiciarían el universo, arrojando su lava i sus cenizas inflamadas hasta las bocas del*

abismo. Desde que se escriben disparates en el mundo, i la fecha no es de ayer, creo que no se habian visto tantos i tan grandes. Aquel era un disparatorio completo: era la firma de la necedad puesta en el Album de la hermosura. Plan, ideas, colorido, verdad, vayan ustedes a buscar todo eso o otra parte, ni una prenda habia que rescatar pudiera a aquella misera composicion de los anatemas del buen gusto, fulminados contra mil i mil de la misma especie que, de vez en cuando, asoman sus largas orejas por entre las columnas de nuestros periódicos. Pero, qué quieren ustedes? Los autores de tales ineptias insisten en que se han de imprimir, sin que valga a retraerlos de su temerario propósito ni el dasabrido seño que les muestran los impresores, ni la manifiesta repugnancia con que el público las recibe.

Turco que habia tenido tiempo suficiente para bajar al corral, volvió blandiendo la cola i dando carrerillas; pero quiso la trampa que, como esos perros que cazan ratones son tan traviesos, se habia untado el hocico con aquellito que, "Para las Diosas no es mui buen incienso," como dijo Samaniégo.

Volviendo, pues, a jugar con su señorita, dió un salto al sofá, i sin que hubiera tiempo de evitar el daño, refregó una i cuatro veces su embadurnado hocico contra los versos del romántico i contra los perfiles del Album oloroso, dejando lastimosamente impresas las señales de su jovialidad. El primero que notó el daño fué D. Bartolo, i sin poderse reprimir, arrebatado de ira, echando chispas por los ojos, ah pícaro! dijo, i cojiendo al perro por el rabo, estrellando los dientes de rabia, dióle una vuelta i lo tiró a la calle por el balcon que estaba abierto. En ese momento no parecia D. Bartolo un lagarto de tierra caliente, era una pantera, una bestia feroz, un arriero colérico en suma, cuyo furor desbordaba silencioso, sin que nadie se atreviera contenerlo.

La casualidad, que en ocasiones favorece. i a veces

persigue a los enamorados, quiso que cuando Turco descendía rápidamente obedeciendo a las leyes de la gravedad, pasara por el frente de la casa Palomino obedeciendo a las leyes del amor, montado en un potro de los famosos de la hacienda de San José; por manera que se encontraron perro i caballero, en el punto de interseccion como dicen los jeómetras, con la diferencia de que Turco fué quien dió contra Palomino. Tan inesperado golpe hizo que el infeliz jinete, perdiendo los estribos, no tardára mucho en venir a la tierra, sobre la cual se revolcaba moribundo el perrillo. El potro salió desbocado, la jente corrió temerosa, un carro que venia cargado de muebles se detuvo; el carretero renegaba, el potro coceaba, las viejas se desgañitaban, los niños chillaban i llegando jente de todas partes, atraída por la curiosidad, crecian la confusion i el alborato; de suerte que aquella esquina era un remedo del infierno. Palomino se quejaba, arrojando coléricas miradas al balcon de la ingrata que premiaba así su ternura, echándole a las barbas un perro muerto como suele decirse; i a todo esto se hallaba tendido en el barro, i mirando rasgados sus calzones de franja, que por señas los está desbiendo todavía en el taller de *La Primavera*.

Miéntas la calle de la Capuchina ofrecia esta clásica escena, el salon de D. Bartolo presentaba una romántica de que no queremos defraudar a nuestros favorecedores.

Mimí, al vera su padre encendido en cólera i fuera de sí, se desmayó en el sofá, i el Album entreabierto se le escapó de las manos; D. Bartolo se encerró furioso en su gabinete, a mi se me resbalaron los anteojos, i al fin se me hubieran caido, a no ser que la curiosidad que me urjia terriblemente, me obligó a ajustarlos, pues, conocí con la perspicacia que es natural a los viejos marrulleros, que en aquel lance podian servirme de mucho. En efecto hubo que abrirle el chaleco para que la niña respirara con entera li-

bertad, i sino hubiera sido con el auxilio de los anteojos, no hubiera dado con el lugar donde estaban los botones. La desabotoné, i cuando me pasmaba, admirando la blancura del lindo chaleco i los primorosos botones, Mimi arrancó del pecho un hondo suspiro, i empezó a patalear en una violenta convulsion.

¡Cual fué mi asombro! ¡Santa Rita de Casia! cual fué mi asombro, cuando vi al traves del vidrio de mis anteojos, unos botitas de charol i un pantalon de casimir color de perla que dibujaba una pierna.....

“¡Pero que pierna!!! Dios se la bendiga!” hubiera dicho Arriaza.

Haciéndome tres cruces fuí a tomar mi farol, paraguas i zapatones, i ya en la calle me frotaba las manos esclamando de alegría: Ya no escribiré una jácara, ni un soneto que viene a ser lo mismo; satisfice mi curiosidad, Mimi tiene calzones, Mimi tiene calzones: las mujeres han invadido el territorio masculino!

Bueno es, continuaba, perorando solo por la calle, como un poeta romántico: bueno es que las señoritas tengan un Album, i bueno i rebueno si ese Album contiene flores, paisajes i caricaturas; pero malo i remalo, sí está lleno de esos disparates plajiados, o inventados por los románticos. ¿Porqué no escribirán mas bien en esos libros. algunas máximas de moral, algunos principios de hijiene, algunos preceptos de economía doméstica, algunos hechos curiosos, alguna cosa útil? Si un Album es para los amantes el repertorio de su ternura, ¿por qué no se intercalan a sus dulces recuerdos algunas reflexiones, que corrijan la vanidad, algunas palabras que enciendan o que reanimen la llama de la virtud en los corazones de las virjenes? Si el Album no ha de contener sino insipidos i menguados elojios de una hermosura que hoy es i mañana no, sostengo que el Album debe ponerse en el Indice de los libros prohibidos.

Bógotá, 26 de agosto de 1852.

J. FRANCISCO ORTIZ.